

ligeramente que no se ajusta á la cintura, y que cada uno dispone en largos pliegues alrededor de su cuerpo, por la decencia, dándole las formas que quiere.»

Estos ensueños de Fenelon iban á desaparecer ante la realidad. En vano los militares repitieron en Aranjuez el grito de amor de los paisanos, como los guardias de corps cantaron en Versalles. «¡Oh Ricardo! ¡Oh mi rey!» Si poco despues la Francia no hubiese tomado parte en esta cuestion, Fernando hubiera ido á donde Ricardo condujo á Luis XVI. El ejército marchó sobre el pueblo, y un paisano amenazó con su sable á don Carlos; este último de los reyes que espera una corona tan pesada. En Valencia, un destacamento de artillería quiso librar al general Elio, que estaba preso en la ciudadela, al paso que los insurrectos de Cataluña, ya regularizados, que se habian aplicado el nombre de *ejército de la fe*, tomaron por asalto la Seo de Urgel.

El rey dejó su residencia, y puso término á la legislatura el 30 de junio de 1822. Al salir de la sesion, los soldados y la milicia nacional vinieron á las manos. Landaburu, oficial de la Guardia, de opiniones liberales fue asesinado, y á Morillo se le nombró coronel de aquella.

Por espacio de seis dias, la agitacion fue en aumento. Por una parte las tropas de la Guardia, por otra la milicia y algunos regimientos de línea estaban acampados unos en frente de otros, á los rayos de un sol canicular, con los sables desenvainados y la mecha encendida. No obstante, todo parecia inclinarse hácia un arreglo en palacio; tratábase del establecimiento de dos cámaras. El cuerpo diplomático rodeaba á S. M., y el conde de la Guardia aconsejaba medidas conciliadoras. Pero la desgracia ejerció al fin su influjo sobre la razon. De improviso, sublévase en Andalucía un regimiento de carabineros, y reuniéndose algunos batallones de milicia provincial, marchan sobre Madrid juntos, proclamando al rey *neto*. Al recibir esta noticia, las cabezas reales se desvanecen. Fernando vuelve á entregarse á sus malos instintos, y rompe las negociaciones que le habrian salvado.

Llegó el 7 de julio; dos batallones de la Guardia apostados en palacio, y otros cuatro, que fueron á acampar fuera de Madrid, entraron de noche en él. Con arreglo á las disposiciones de un complot previsor, repartiéronse en tres columnas: la una se dirigió al parque de artillería, la otra á la Puerta del Sol, y la tercera á la plaza de la Constitucion. Pero la fortuna habia abandonado á la monarquía: la primera division se desbandó, y algunos fusilazos del batallon sagrado de oficiales la dispersaron; la segunda y la tercera fueron igualmente deshechas. Los dos batallones de Palacio quedaron abandonados á sí mismos, y á las seis de la mañana la milicia nacional alcanzaba la victoria. Acto continuo cantóse un *Te-Deum* en la plaza de la Constitucion, porque es de advertir que en España se alaba á Dios por todo, hasta por el mal; al paso que en Francia por nada se le da gracias. Monvel llamaba sobre sí el rayo, como si Dios tomase en cuenta el zumbido de un insecto.

La Guardia, habiendo sido vencida, fue disuelta, y los restos que intentaron defenderse, fueron ametrallados. Estos hechos parecian entonces dignos de imperecedero recuerdo, y los lugares que los presenciaron se creian destinados á subsistir eternamente en la historia. Pero ¿en dónde están Aletua y Urso, dónde los hijos de Pompeyo fueron derrotados *in quibus Pompei filii debellati sunt*? Se ignora. ¡Vivid, pues, vencedores ya olvidados, de calles! ¡Vivid con los empedrados sangrientos ya secos, que pisais en vuestra ciudad de un dia, cuando vais á bostezar á Santa Catalina! Millares de soldados ganaron á costa de su vida las batallas de Arbella, Farsalia y Austerlitz, pues bien: ¿de tantos muertos, cuántos nombres viven hoy? Solo tres: Alejandro, César y Napoleon.

Fernando y su familia se dejaron ver al través de las tinieblas de estos desastres, reconociéndose en ellos la cólera del déspota y el furor de las mujeres. Un tirano pusilánime atrae las catástrofes, y tiembla cuando estas estallan, descendiendo de la intrepidez de su cabeza á la cobardía de su corazon. Hay monarcas de falsa ley que se sientan en el trono por equivocacion; la mayor parte de los acontecimientos temporáneos se explica por el miedo; el cobarde se oculta en el fondo de esos inmensos acontecimientos, como la momia de un rey se encerraba en el centro de la pirámide de Cheops.

Plagiaris tambien del imperio, los españoles tomaron el nombre de *batallon sagrado* de la batalla de Moscu, así como se divertian con la *Marsellesa*, con los *Sansculotides*, con los dichos de Marat y con las diatribas del *Viejo franciscano*; repitiendo siempre las acciones mas viles y el lenguaje mas bajo. Nada original producian, porque no obraban por la inspiracion del carácter nacional, y se limitaban á traducir y representar perpétuamente la revolucion francesa en el teatro español. Nuestras cabezas sin cuerpos y nuestros esqueletos sin cabeza, vistos á larga distancia y cuando no podia ya descubrirse su horror, presentaban á lo menos, por el arreglo simétrico del inmenso osario, un aspecto espantoso y gigantesco; pero no sucedia lo mismo respecto de la península, despojada de su carácter, pues sus hijos habian salvado dos siglos de un salto para reunirse á la historia de Francia, por un lado á Voltaire, por otro á la Convencion; pero estos siglos reprimidos volvian á aparecer, recobraban su imperio y trastornaban el orden violentamente establecido. Los españoles eran verdaderamente grandes cuando el pueblo era independiente y el rey señor, cuando la nacion decia: *Sino, no*, y cuando el monarca absoluto firmaba *Yo el rey*. Las dos libertades completas de la democracia de todos y de la democracia de uno solo, se encontraban de frente sin destruirse y se hablaban mutuamente su altivo lenguaje; espectáculo nunca visto sino en España.

Despues de los sucesos del 7 de julio de 1822, el ministerio se retiró; hicieronse infructuosos esfuerzos para retener en su puesto á Martinez de la Rosa: el que canta es libre. Columela de Cádiz, celebró valerosamente en sus versos la república en el reinado de Claudio. Por lo demás, el nombre de Martinez de la Rosa aflige, cuando saliendo de las ruinas de Granada, brilla en la escena política. Lope de Vega se equivocaba al escribir á su hija, dedicándole la comedia titulada *Remedio contra la desgracia*: «¡Ojala seas feliz, aunque me parece no has nacido para serlo, si heredas mi destino.» No debia lamentar «la pérdida de un tiempo precioso y la llegada de la vejez.» la vejez es un mal inevitable; pero el corazon noble y el talento consolador estan menos bien en el mundo que en el retiro, donde se conserva el honor de estar dotado de un alma inmortal.

Lopez Baños fue nombrado ministro de la Guerra, San Miguel de Estado, Gasco del Interior, y Navarro de Justicia. El marqués de las Amarillas, el marqués de Castellar, el conde de Casasarria, el general Longa y el brigadier Cisneros fueron desterrados, y Castro Terreño, el duque de Bélgica y el duque de Montemar, mayordomo mayor, fueron privados de sus destinos. En el palacio entró un ser espiatorio, el general Palafox. San Martin, hombre de corazon, y Morillo, guerrero ilustre, fueron alejados. Morillo, sin embargo, se habia declarado en favor del vencedor antes del triunfo; pero debilitado por los empleos, los honores parecian querer despojarle de la gloria.

Reclamábanse víctimas, procurando aplicarles el nombre de los asesinos de Landaburu. Goiffieux, á quien particularmente se designaba como tal, salió de Madrid. Preso poco despues, hubiera podido ca-

llar ó engañar, pero habiéndosele preguntado su nombre, respondió: «Me llamo Goiffieux, y soy primer teniente de la Guardia:» desdenando el salvarse por medio de una mentira.

Elio fue jurídicamente ejecutado en Valencia en una plaza que habia adornado con árboles. Valencia la hermosa, es pérfida: hija de los moros, dió su belleza á Venozza y á Lucrecia, y sus intrigas y crueldades á Alejandro VI y á Borgia.

En Navarra y Cataluña triunfaron los realistas, y establecieron un gobierno político con el nombre de *Regencia suprema de España, durante el cautiverio del rey*. El marqués de Mataflorida, el arzobispo de Tarragona y el baron de Eroles componian esta regencia, instalada el 14 de septiembre en la *Seu* ó catedral de Urgel, los edificios muzárabes tomaban este nombre en las montañas de Cataluña.

Fernando fue solemnemente proclamado en Urgel, como Carlos VII lo habia sido en el castillo de Espally; la bandera sembrada de flores de lis de oro se desplegó en las almenas de este castillo, y algunos paisanos y un pequeño número de nobles, vestidos con su blason, proclamaron al soberano de Francia gritando; ¡Viva el rey! Esta palabra encerraba toda la constitucion y creaba al monarca que Juana de Arco debia hacer consagrar en Reims: Carlos VII habia muerto, Fernando estaba cautivo.

No obstante, en Madrid se proyectaba forzar las puertas de las cárceles para acabar con los presos; empezaban las emigraciones, y el Mediterráneo se cubria de prosélitos que se embarcaban á la sombra de los naranjos de Cartagena, en tanto que el Océano llevaba las velas de los peregrinos que abandonaban las montañas de Santiago; los fugitivos eran perseguidos en la mar por las teas de las Euménides, que relleaban desde las playas españolas, entre el murmullo del viento que llevaba á sus oidos con el rumor de las olas, las estrofas del trágala.

Fernando se inclinaba hácia donde le llamaba la ronda infernal; el congreso de los reyes se reunia en Italia, lord Londonderry se habia degollado en Londres, y yo salia con direccion á Verona.

XII.

Congreso de Verona.—Personajes.—Partida familiar del congreso.

Sali de Londres á fines de septiembre de 1822, y atravesando á París, la Francia, los Alpes y el Milanesado, llegué á Verona, á *Casa-Lorenzi*, donde casi nadie habia llegado todavía. Poco á poco fue llenándose la ciudad, y sucesivamente se vió ir llegando al emperador y á la emperatriz de Austria con toda su comitiva; el príncipe de Metternich, acompañado de los consejeros áulicos, Genz, del caballero de Floret, de cuatro barones, de un conde, de un concipista áulico y de dos oficiales; el príncipe de Esterhazy, mi compañero de embajada en Londres; el conde de Zichy, mi antiguo colega plenipotenciario en la corte de Prusia; el baron de Lehzeltern, acreditado cerca de la corte de Rusia; el emperador de Rusia con cinco ayudantes generales, Menzikoff, Frubetzky, Oscharowsky, Czernitschew y Michand; el príncipe Wolkonsky, general y jefe de estado mayor; el conde de Nesselrode, secretario de Estado; el conde de Lieven, embajador en Londres; el conde Pozzo di Borgo, embajador en Paris; luego llegaron el duque de Wellington, lord Chamvillam, el marqués de Londonderry, hermano del difunto lord Castelreagh, el vizconde Strangford y lord Burghersh; despues vinieron las potencias de la Prusia, S. M. el rey, sus altezas reales el príncipe Guillermo y el príncipe Carlos, el conde de Bernstoff y el baron de Humboldt.

El archiduque, la archiduquesa, virey y la vireina de Italia, desembarcaron con su corte.

Parma envió la archiduquesa de Austria, duquesa de Parma, llamada viuda de Napoleon, con el conde de Nieperg, llamado Chambelan, y el caballero de honor de la archiduquesa.

El gran duque y la gran duquesa de Toscana, su alteza ilustrísima y real el príncipe hereditario, llegaron de la patria del Dante y Miguel Angel, de esa ciudad tan hermosa, segun decia el archiduque Alberto, que no se debería permitir verla sino los domingos y dias festivos.

El archiduque duque de Módena y la archiduquesa duquesa de Módena, desembarcaron del Cataio.

Su magestad el rey de las Dos-Sicilias, salió de Nápoles para Verona, con la duquesa de Florida, el confesor Portu y el príncipe de Salerno, á quien seguian dos gentiles-hombres de cámara.

La Cerdeña diputó á su rey y su reina, y al conde Latour, ministro secretario de Estado de Negocios extranjeros.

Nosotros los franceses éramos tambien muy numerosos: el vizconde de Montmorency, mi jefe, estaba acompañado de MM. Bowjot y Pontois, secretarios, y de M. Damour, para la firma. El marqués de Casamena, M. de La Feasounays, M. de Rayneval y yo, representábamos nuestras embajadas de Viena, San Petersburgo, Berlin y Londres. En esta embajada se contaban el duque de Ranzan, el conde de Boissy y el conde de Aspremont.

M. de Serre, embajador de Nápoles y M. de Maissonfort, enviado en Florencia, asistian al espectáculo como meros curiosos.

M. de Serre era mirado con mucha indiferencia en el congreso, á causa de sus opiniones liberales; yo no era mucho mas amado, pero era mas temido. Fui á visitar á M. de Serre, aunque militábamos en opuestas filas, y hallé en él un hombre superior á la idea que me habia formado; estreché mis relaciones con él, y él por su parte me dió demasiadas pruebas de su amistad y buenos recuerdos.

Hé aqui todas las grandezas modernas que habian ido á medirse en Verona, en la arena dejada por los romanos.

Al lado de estos restos agrupábanse otras ruinas que nadie consultaba; los diputados de la desgraciada Grecia. El viejo monumento de la ciudad eterna les hubiera respondido mejor que aquellos soberanos de un dia, porque Atenas alzaba al cielo sus manos suplicantes en nombre de la libertad.

Yo habia visitado ya á Verona, pero me presenté de nuevo á sus antigüedades, y en el camino de Gatzola, retiro de ese Luis XVIII á quien á la sazón tenia el honor de representar en la asamblea de los reyes. Visitó el palacio de Caniza y el monumento de *Can grande*: este Can grande habia sido el huésped del Dante, «hombre muy ilustre, dice el historiador de Rieggio, y que admiraba al señor de la Scala por su talento.»

No queriendo hablar sino de negocios, he colocado en mis *Memorias de Ultra-tumba* la parte menos árida del congreso y las cosas que el público mira por lo general con un interés de curiosidad. En ellas se verán los retratos de los personajes que se presentaron en Verona: la condesa de Lieven, la princesa Zenaida Wolkonsky, la condesa de Tolztoy, el príncipe Oscar, etc., etc.

La vizcondesa de Montmorency fue tambien á Italia. La Providencia, que privara de herederos al descendiente de los Bonehard, le entregó en cambio al hijo del trono, un Borbon por un Montmorency. Y, como si al confiarle esta gloriosa paternidad adoptiva, hubiese querido únicamente someterlo á una última prueba, Dios visitó al cristiano perfecto el viernes santo al pié de los altares, en la misma hora en que el Hijo del Hombre consumió su sacrificio.

Fui presentado á los reyes, á quienes conocia casi en su totalidad.

Al pronto me negué á una invitacion de la duquesa de Parma, pero habiendo esta insistido, fui á visitarla. La encontré muy contenta: el mundo se habia encargado del recuerdo de Napoleon, y ella no se tomaba el trabajo de pensar en él. Dijele que habia encontrado á sus soldados en Placencia, y que en otro tiempo era obedecida de un número mucho mayor, á lo cual me respondió: «Ya no me ocupo de eso.» En seguida pronunció algunas palabras ligeras y como de paso acerca del rey de Roma: estaba embarazada. Su corte presentaba un aspecto ruinoso y de vejez, exceptuando á M. de Nieberg, hombre de buen tono. En todo esto nada habia de particular sino la circunstancia de que yo comiese al lado de María Luisa, y los braceletes hechos de la piedra del sarcófago de Julieta, que ostentaba la viuda de Napoleon.

Al atravesar el Po en Placencia, atrajo mis miradas una sola barca recientemente pintada, en la que ondeaba una especie de pabellon imperial, dos ó tres dragones con casaca y gorro de policia, daban de beber á sus caballos; entraba en los Estados de María Luisa: hé aquí todo lo que quedaba del poder del hombre que hendió las rocas del Simplon, plantó sus banderas sobre las capitales de Europa y levantó la Italia, subyugada por espacio de tantos siglos! Removed el mundo, ocupad con vuestro nombre las cuatro partes de la tierra, salid de los mares de Europa, lanzaos hasta el cielo, é id á morir á la extremidad de las olas del Atlántico: apenas habreis cerrado los ojos, cuando un viajero pasará el Po y verá lo que yo he visto.

Los principes de Toscana me recibieron como literatos, y el rey de Cerdeña como rey, cerca de su retiro. En el camino real de Mantua encontré muchas veces al soberano septuagenario de Nápoles, cubierto de largos cabellos blancos y acompañado de dos capuchinos jóvenes, de negra barba, y que, metidas las manos en las mangas, paseaban en silencio como su señor. Yo seguia á larga distancia á este monarca encanecido con la primavera de Sorrento, y á quien poco despues iba á intentarse oponer como rival de Francia en España.

Muchos cantores y comediantes habian acudido de todas partes, para divertir á otros actores, los reyes. Los periodistas de Londres que habian llegado sin pasaporte, acechaban, por decirlo así, la historia, para comprenderla al paso. En el anfiteatro donde se refugiaban muchas familias pobres, y alumbrado algunas veces por el fuego de una fragua, en el fondo de un pórtico, se reunió la muchedumbre al fin del Congreso: habiase conmovido á los habitantes del campo, porque los de la ciudad no hubieran bastado para llenar el edificio. Esta representacion solo se habia verificado dos veces antes: una en tiempo de José I, y otra en el de Pio VI, cuando pasó á Viena. Si no se hubiera tenido noticia de los tiempos y las costumbres, hubiera podido creerse que aquello era una resurreccion de los romanos.

Habiendo bajado de las montañas bañadas por el lago célebre por un verso de Virgilio y por los nombres de Cátulo y de Lesbia, una tirolesa, sentada bajo las arcadas de las Arenas, atraia las miradas. A semejanza de Nina, *pazza per amore*, aquella hermosa criatura de jubon corto y pies pequeños, abandonada del cazador de *Monte-Baldo*, estaba tan apasionada que no veia otra cosa que su amor; pasaba las noches esperando y velaba hasta el canto del gallo; su palabra era triste, porque habia atravesado por su dolor.

El congreso de Verona y sus fiestas terminaron con una carrera de caballos y una iluminacion, yo me alejé de Verona y fui á ocultarme.

XIII.

Ni los aliados ni M. de Villele querian la guerra contra España.—Lo que se ha dicho acerca del origen de la guerra de España en 1823, es un error.—Cinco cuestiones principales debatidas en el congreso.

El gran negocio del congreso de Verona, es la guerra contra España: háse dicho y se repite todavía, que esta guerra fue impuesta á la Francia; pero precisamente la verdad es todo lo contrario. Si hay algun culpable en esta memorable empresa, es el autor de esta historia. M. de Villele no queria las hostilidades, y es justo dejar á su moderacion y prudencia el honor de haber pensado en aquella ocasion como las tres cuartas partes de la Alianza, como la Francia, como la Inglaterra. Una frase que el presidente del consejo no pronunció ó que se ha traducido mal, ha podido extraviar la opinion pública; hablaremos de ella en otro lugar.

Asi, pues, todo lo que la oposicion ha dicho en los salones, en la tribuna, en los periódicos, en los folletos, asi en Londres como en París, es erróneo. Tenemos la felicidad de haber vivido bastante tiempo para destruir tan enorme equivocacion.

Lo repito: la guerra contra España en 1823, me pertenece en gran parte, y no temo asegurar que los hombres políticos nos elogiarian por ello, como hombre de Estado, en el porvenir. No creemos pertenecer á ese reducido número de hombres que, segun Séneca, sobrenadan y se debaten entre las olas de los siglos; tampoco creemos que las cosas de la tierra interesen á los mortales mas allá del sepulcro; pero en virtud de una ilusion de nuestra existencia actual, nos fijamos mas en nuestra memoria que en el día en que vivimos, porque nuestra memoria, si dura, debe ser mas larga que nuestra vida; ó bien, como no estaremos cerca de ella para protegerla, es preciso que lleve en sí misma los medios de defenderse.

Cinco negocios se debatieron en el congreso de Verona:

- 1.º La trata de negros.
- 2.º Las piraterias en los mares de América ó las colonias españolas.
- 3.º Las discordias en el Oriente, entre la Rusia y la Puerta.
- 4.º La situacion de Italia.
- 5.º Los peligros de la revolucion de España con relacion á Europa, y especialmente con relacion á Francia.

A la par de estas cuestiones generales se presentaron otras tres particulares: la navegacion del Rhin, los disturbios de la Grecia, y los intereses de la regencia de Urgel. Los diputados de Grecia y los enviados de la regencia realista de Cataluña (estos tenian por intérprete al conde de España), no fueron admitidos en el congreso, pues no eran sino unos simples peticionarios que procuraban interesar en su favor á los potentados. La navegacion del Rhin solo importaba á las aduanas de la Holanda, y á las potencias ribereñas del rio.

A fin de ocuparse de los cinco negocios principales, las diferencias de la Rusia y la Puerta, se discutian en conferencias por los representantes de los gabinetes de Londres, San Petersburgo, Berlin y Viena; el marqués de Caraman asistia á ellas por la Francia, como embajador en Austria.

La situacion de Italia se examinaba en una especie de congreso aparte del congreso general; los delegados en esta reunion, eran los de las partes interesadas, esto es, Nápoles, Roma, la Toscana, Parma, Módena, el Piamonte, el Milanésado, y los Estados Lombardo-venecianos.

En los asuntos mixtos, la Francia solo tuvo que

dar su parecer en lo relativo á la *trata de negros*, las *colonias españolas*, y la cuestion de la guerra eventual de España.

Estas son, pues, las tres cuestiones que es preciso examinar desde luego, tocando como de paso aquellas en que la Francia no fue llamada á emitir un voto especial.

XIV.

El principe de Metternich.—Sesiones del congreso.—Dos memorias del duque de Wellington, una relativa á la trata de negros, otra contra las piraterias en los mares de América.—Tres pretensiones exorbitantes encerradas en la primera memoria.

Ocupar por largo tiempo el primer puesto; ser gefe del gabinete bajo diferentes soberanos, sin introducir modificacion alguna en el sistema adoptado desde el principio; revestirse de la inviolabilidad de un rey en medio de todas las envidias cortesanas, revela una habilidad que no puede ponerse en duda. La autoridad procede del talento del que gobierna ó de la mediocridad del gobernado; esto es lo que debe averiguarse respecto de M. de Metternich. Si algunos hechos y particularmente la perversidad villana oculta bajo el nombre de rey de Nápoles, no descubren una sinceridad elevada sobre la diplomacia, esto no es falta del negociador, sino de la política. El canceller de Estado representó, como austriaco, lo que creia entraba en su papel, así como el ministro de Negocios Extranjeros de Luis XVIII representó el suyo, como francés. El principe, en medio de su larga y constante prosperidad, nos perdonará el breve y pasajero triunfo de un año.

Las sesiones del Congreso eran irregulares, segun las comunicaciones hechas en nombre de alguna corte. Estas comunicaciones eran escuchadas, y se daba copia de ellas á los plenipotenciarios, los que respondian despues de dos ó tres días en una nota que luego se unia al proceso verbal. Así es que en la sesion del 24 de noviembre de 1822, recibimos dos Memorias del duque de Wellington, una relativa á la abolicion de la *trata de negros*, y otra acerca de las medidas adoptadas por S. M. B. contra las *piraterias en los mares de América*.

Todas las potencias respondieron que la trata de negros era abominable, y que estaban dispuestas á concurrir á las medidas que se juzgasen *efectuales*, á fin de asegurar la abolicion total de este comercio; por lo que respecta á las medidas *particulares* propuestas con este objeto por S. G., la Francia se reservaba el hacer acerca de ellas las convenientes reflexiones.

Debemos admirar aquí el espíritu cristiano, sus progresos en la civilizacion que ha creado, y que aumenta sin cesar; pero era en verdad cosa singular esa perseverancia del gabinete de San James en introducir en todos los congresos y en medio de las cuestiones mas vivas y de los intereses de mas inmediata actualidad, la cuestion incidental y lejana de la *trata de los negros*. La Inglaterra temia que el comercio á que contra su voluntad habia renunciado, cayese en manos de otra nacion; por esto queria obligar á la Francia, España, Portugal y Holanda, á que de repente cambiasen el régimen de sus colonias, sin tomarse el trabajo de examinar si estas habian llegado al grado de preparacion moral en que se podia dar la libertad á los negros, abandonando á la gracia de Dios las propiedades y las vidas de los blancos. Lo que habia hecho la Inglaterra debia hacerlo todo el mundo, con perjuicio de la navegacion y de toda colonia. Era preciso, porque la Inglaterra (que posee la India, la Oceanía, el cabo de Buena Esperanza, la Isla de Francia, el Canadá, y varias islas en el Mediterráneo), no necesita de la Dominica y de las Bermudas, para mantener escuadras y marineros; era preciso, repito, que nos apresurásemos á arrojar al mar Pondichery, la Isla de Borbon, Cayena, la Martinica y la Guadalupe; nosotros que no ocupábamos sino esos miserables puntos lejos de nuestro suelo, en la superficie del globo. El marqués de Londonderry y el duque de Wellington, enemigos de las franquicias de su país, M. Canning, discípulo de William-Pitt, y opuesto á la reforma parlamentaria; todos esos torrys, contrarios durante treinta años á la mocion de Wilberforce, se habian declarado ardientes partidarios de la libertad de los negros, en tanto que maldecian la libertad de los blancos; los ingleses, los blancos han sido vendidos como esclavos en América, en un tiempo tan próximo á nuestros días, como el tiempo de Cromwell. El secreto de estas contradicciones está en los intereses privados y el carácter mercantil de la Inglaterra; esto es lo que es preciso comprender á fin de no ser engañados por una filantropía tan ardiente, y sin embargo tan tardía: la filantropía es la moneda falsa de la caridad.

Encargado del trabajo por M. de Montmorency, leí con atencion la Memoria del duque de Wellington, y respondí á ella artículo por artículo. Esta cautelosa Memoria en que se deploraba la suerte de los negros, ocultaba bajo quejas muy justas tres exorbitantes pretensiones: pretension del derecho de visita á los buques; pretension de asimilar la trata de negros á la piratería, con el objeto de atacar impunemente todas las marinas del mundo; y por último, pretension de prohibir la venta de todas las mercancías procedentes de las colonias europeas cultivadas por los negros, esto es, el privilegio exclusivo de sustituir estas mercancías con los productos de la India y la Gran Bretaña. Hé aquí mi respuesta dada en nombre colectivo de mis colegas: creo haber puesto en ella á salvo el honor y los intereses de la Francia.

XV.

Respuesta de los plenipotenciarios de Francia á la memoria del duque de Wellington, relativa á la trata de negros.

«La Memoria de que S. G. el duque de Wellington, dió conocimiento al Congreso en la sesion del 24 de este mes, ha sido tomada en consideracion por los ministros plenipotenciarios de S. M. Cristianísima.

»Principian estos por declarar que el gobierno francés participa de toda la solicitud del de la Gran Bretaña para poner término á un comercio igualmente reprobado de Dios y de los hombres. Aunque el número de esclavos africanos transportados de algunos años á esta parte á las colonias, fuese menor que lo que la Inglaterra calcula, siempre seria excesivamente considerable. El aumento de penalidades de las víctimas de una infame codicia, inspira profundo horror. Las naciones cristianas nunca haran mas que lo que deben para borrar la mancha que la trata de negros ha impreso á su carácter, ni nunca podran ser reputadas como excesivas las alabanzas que merece Inglaterra por el celo que ha desplegado en sus benéficos desigios.

»Mas si las potencias aliadas estan de acuerdo acerca de la cuestion moral y religiosa, si es unánime su deseo de abolir la trata de negros, esa abolicion implica cuestiones de hecho que no tienen igual carácter de sencillez. Los ministros de S. M. Cristianísima, van á recorrerlos siguiendo la memoria presentada por S. G. el duque de Wellington.

»Todas las naciones civilizadas, excepto el Portugal, prohiben hoy el tráfico de negros: de aquí se sigue, que ese crimen, consentido en otro tiempo por la ley, ha tomado el carácter de ilegal, y que está doblemente condenado por la naturaleza y por las leyes.